

CAPÍTULO PRIMERO

RAYMOND ARON. UNA ACERTADA PERCEPCIÓN PROSPECTIVA DE EUROPA

RAYMOND ARON: UNA ACERTADA PERCEPCIÓN PROSPECTIVA DE EUROPA

Por JUAN ANDRÉS TOLEDANO MANCHEÑO

Raymond Aron, politólogo, filósofo y sociólogo francés, cuya obra fue base de estudio y modelo para posteriores generaciones de analistas y políticos, ha sido uno de los más influyentes intelectuales europeos de los últimos tiempos. De origen judío, nació en París el 14 de marzo de 1905 y murió en la misma ciudad el 17 de octubre de 1983.

Estudió en la Escuela Normal Superior, donde compartió aulas y planes de estudio con personalidades tan relevantes como Jean Paul Sartre y Paul Nizan. En 1930 consiguió una plaza en Colonia (Alemania), donde descubrió las teorías sociológicas de Max Weber. Tras presentar su tesis en 1938, titulada *"Introducción a la filosofía de la historia"*, impartió clases en Burdeos, desde donde se embarcó para continuar con la labor docente e investigadora en Londres. Doctor en Letras por la Universidad de París y por la Academia francesa de Berlín, fue testigo presencial en la capital alemana del ascenso político de Hitler sobre las ruinas de la República de Weimar, circunstancia que influiría decisivamente en su condición de liberal.

Ya en Gran Bretaña, se convirtió en el director de *"La Francia Libre"*, periódico creado bajo el impulso del General Charles de Gaulle tras la ocupación alemana de Francia durante la II Guerra Mundial, colaborando también en otros diarios como *"Combat"*, *"Le Figaro"* y en el semanario *"L'Express"*. Regresó a París tras ser liberada la ciudad por los aliados, donde desarrolló la labor docente en la Escuela Nacional de la Administración, y en 1947 comenzó a trabajar como editorialista en el diario *"Le Figaro"*. Se adhirió al partido *"Rassemblement du peuple français"* (Reagrupamiento del Pueblo Francés, RPF) en 1948. Pensador representante

de la derecha liberal, su autoridad intelectual se fundaba en una amplia cultura sociológica y económica, que le convirtió en un temible adversario político para los intelectuales de la izquierda francesa, aspecto de su trayectoria que se pone de manifiesto en una polémica con Sartre en el seno del equipo de la revista "*Los tiempos modernos*" a propósito del papel de la Unión Soviética y de la idea de la izquierda que querían promover. Ocupó la cátedra de sociología en la Sorbona en 1955 y pasó el resto de su vida entre la reflexión política y el ejercicio del periodismo.

A lo largo de su abundante obra escrita se interesó por las relaciones que se establecen entre la estructura social y el régimen político en las sociedades industriales, plasmándolo principalmente en sus "*Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial*" (1962). Se opuso con rigor a las concepciones seudodemocráticas de los regímenes del Este en "*Democracia y Totalitarismo*" (1965). En "*Las etapas del pensamiento sociológico*" (1967) volvió a trazar la evolución de la sociología de Max Weber, que contribuyó a divulgar en Francia y de la que resaltó su aportación, así como la de Alexis de Tocqueville. También reflexionó sobre la bipolaridad, término acuñado por occidente, existente en el mundo durante la Guerra fría en su libro "*Pensar la guerra. Clausewitz*" (1976).

Entre sus obras destacan: "*La sociología alemana contemporánea*", "*Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial*", "*El opio de los intelectuales*", "*Essai sur les marxismes imaginaires*", "*Paz y guerra entre las naciones*", "*La revolution introuvable*", análisis del mes de mayo francés, y "*Los últimos años del siglo*".

INTRODUCCIÓN

La gran obra escrita de Raymond Aron puede ser clasificada en tres grandes grupos a tenor de las preocupaciones que surgen en la mente del autor y que plasma con rigor científico en sus escritos: *ideas de política general*, tratando en sentido amplio la relación entre los ciudadanos y sus dirigentes; *política interna de los estados*, donde toca la importancia del establecimiento de las pautas de conducta a exigir en una sociedad totalitaria o en una democrática con especial atención a la definición de intereses nacionales y pasiones políticas de importancia particular para los gobernantes; por último, *política entre los estados*, donde la globalización, los tratados y acuerdos internacionales pasan a convertirse en único objeto de estudio, adquiriendo un papel protagonista en detrimento de los vínculos tan estrechos que pueden establecerse entre las personas.

El estado de naturaleza entre los Estados, ideología que Raymond Aron debe a Jean Jacques Rousseau y sus pensamientos sobre la guerra, difiere en esencia del estado civil en el interior de los Estados (proceso calificado por el ex-secretario general de la OTAN Javier Solana como "fisión-fusión", brote de los nacionalismos frente a espíritu de creación de entes supranacionales). Los ciudadanos obedecen la ley incluso aunque esta última exprese y al mismo tiempo camufle la fuerza.

Considera en su obra *Paix et Guerre entre les nations*, Volumen 1, que la creación de un ente como "los Estados Unidos de Europa" ha de apoyarse sobre un sistema interestatal, sistema en el que se integran los estados, cada uno vigilante de los demás a fin de afianzar su seguridad; estatal puesto que la guerra, la paz y la interacción entre las naciones constituyen no una relación entre individuos, sino una relación entre los Estados.

La guerra no es, pues, una relación de hombre a hombre, sino una relación de Estado a Estado, en la que los particulares son enemigos sólo accidentalmente, y no como hombres; ni siquiera como ciudadanos, sino como soldados; no como miembros de la patria, sino como sus defensores (1).

En todos sus trabajos gusta de distinguir entre los fenómenos transnacionales, internacionales y supranacionales, quedando en los tres patente la discrepancia entre los sucesos que no entran en el sistema interestatal, pero que influyen y son influenciados a su vez por él, y los que intrínsecamente se enmarcan en el entorno de lo multinacional. Entre los fenómenos transnacionales contempla aquellos que cruzan las fronteras y escapan, en cierta medida, a la autoridad o al control de los estados (como ejemplo podría ser citado el gran cambio introducido en las relaciones interestatales por el Tratado de Shengen entre los países de la Europa Occidental). Desde el momento en que los países han abierto sus fronteras y suprimido el derecho de aduana, entre los individuos se desarrollan intercambios de bienes y servicios sin que, en lo esencial, intervengan los Estados respectivos de las personas que realizan el intercambio. Las sociedades llamadas multinacionales —sociedades nacionales que poseen filiales en cierto número de países— constituyen una red transnacional, controlada por la sociedad madre.

(1) ROUSSEAU, J.J.: "Le Contrat social", I, 4, en "Oeuvres complètes", vol. III, pág. 357 (Ed. Castellana, "Del Contrato Social", Alianza Editorial, 1982, pág. 18).

Tal vez podría denominarse sociedad internacional o sociedad mundial al conjunto que engloba el sistema interestatal, la economía mundial (o el mercado mundial o el sistema económico mundial) y los fenómenos transnacionales y supranacionales, aplicándose el adjetivo internacional a los aspectos de justicia, defensa, etc. Designa, sin describirla, una totalidad que incluiría a la vez el sistema interestatal, el sistema económico, los movimientos transnacionales y las diversas formas de intercambio de sociedades civiles a sociedades civiles, y las instituciones supranacionales. Por comodidad, Raymond Aron denomina sociedad internacional al conjunto de todas las relaciones entre Estados y entre personas privadas que permite pensar en la unidad de la especie humana.

Las relaciones supranacionales sobrepasan la soberanía de los Estados y convergen en un amplio concepto de bien común. En ciertas partes del mundo, en Europa sobre todo, los Estados nacionales se encuentran rebajados por la potencia militar de la Federación Rusa y la influencia ejercida por ésta sobre los países de la Europa oriental. A un lado, un imperio militar; al otro una alianza militar, mantenida en tiempo de paz.

En el proceso de la construcción europea analizado de forma superficial por el autor y tratado en su producción, extrae la conclusión de que el sociólogo debe evitar los juicios de valor, y que debe poner en claro aquellos, difusos e implícitos, de su medio y, en lo que sea posible, precisar los suyos propios.

¿QUÉ EUROPA?

“En cuanto a Europa no parece que se sepa ni de dónde ha sacado su nombre ni quién se lo ha dado”. Cinco siglos antes de Cristo, Heródoto confiesa una incertidumbre que todavía dura. No se sabe más que entonces de dónde viene la palabra, ni lo que representó en el espíritu de quienes la empleaban, ni los límites espaciales en los que la inscribían...Y sin embargo, Europa existe. Había una vez en Tiro una princesa que se llamaba Europa. Una noche, mientras estaba en su cama en el palacio del rey Agenor, su padre, tuvo un sueño: dos tierras, que tenían el aspecto de dos mujeres, se peleaban por ella, la “tierra de Asia” y la “tierra de enfrente”. La primera quería protegerla y guardarla, la segunda quería, por voluntad de Zeus, llevársela sobre las olas. La princesa despertó intrigada, luego prosiguió sus actividades y sus juegos. Con otras princesas amigas suyas se fue a coger flores a la orilla del mar. Y fue entonces cuando un toro, magnífico y manso, apareció y la convenció para que montase sobre

su lomo, cosa que la princesa se decidió a hacer no sin vacilación. Entonces el toro se elevó, huyó hacia el mar y mientras franqueaba las olas, le reveló que era Zeus y que, muy enamorado de ella, había tomado esa forma animal para raptarla. De este modo Europa llegó a Creta, se unió al toro y se convirtió en “madre de nobles hijos”.

Existe, sin embargo, incertidumbre en la procedencia “mitológica” de el Viejo Continente, así como dudas sobre su etimología, dado que no es seguro el origen indoeuropeo que se da a la palabra; para algunos se trata de un término egeo prehelénico, que opone un *hirib*, Europa, que significa “poniente”, a *açou*, Asia, que significa “oriente”.

Europa, la Unión Europea, las organizaciones que integran este bloque político y geográfico colocado en el extremo de la mayor plataforma terrestre, hoy, tras largos y penosos avatares sufridos “en sus carnes”, aunque no siempre sufridos por eventos de su propio interés, es otra. ¿Podría uno imaginarse en este momento la incómoda situación de encontrarse con un conocido y no reconocerlo? Pues esto es lo que nos está ocurriendo con Europa. Pero es destacable que Raymond Aron no sufrió esta impresión en sus años de análisis político (se recordará que falleció en 1983) por lo que su labor prospectiva, su trabajo de establecimiento de estimaciones para los años que habían de venir, fue magnífica; sus hipótesis de trabajo siempre fueron acertadas y sirvieron de base, no sólo a sus contemporáneos sino también a sus estudiantes.

Hoy la situación puede compararse a la de 1961 (estaba hablando en 1983) porque es, por así decirlo, reconocible. El sistema sigue siendo bipolar; las fronteras entre las dos partes de Europa no se han movido una pulgada, los estadistas y los comentaristas continúan discutiendo sobre el papel de las armas nucleares en la defensa de Europa y el riesgo de la guerra nuclear; las relaciones militares entre los dos Grandes han cambiado en provecho de la Unión Soviética; los europeos, más todavía Japón, han recuperado el atraso económico en relación a Estados Unidos. Estos últimos han perdido la capacidad o la resolución de asumir el fardo imperial (2).

Desde que el autor escribiese este párrafo hasta el día en que se plasman estas líneas la situación ha cambiado (¿deberíamos plagiar su comentario y afirmar que es irreconocible?). Europa es otra, y sobre todo

(2) ARON, RAYMOND.: “*Les dernières années du siècle*”, Julliard, 1984. Ed. Castellana, “*Los últimos años del siglo*”, Espasa-Calpe, S.A. 1984, pág. 27).

es una. Antes de que el euro haya entrado en circulación, antes de que tengamos un Gobierno común, Europa está ya unida por sus gentes. Europa se funde en personas, gustos, modas e incluso vicios, pues todo va junto. Pero tal vez el terreno donde más se haya llevado a cabo la homogeneización sea el económico.

El nivel de vida ha seguido subiendo e igualándose hasta alcanzar niveles desconocidos en la Historia; la igualación, afortunadamente, ha sido por arriba.

Aunque todas las sociedades han tenido una idea más o menos precisa de lo que son y de lo que quieren ser, nuestro politólogo afirma que las modernas son las primeras en pretender adquirir un conocimiento científico de sí mismas. La sociología tiene la vocación de ser la conciencia de aquellas sociedades lo bastante ambiciosas o imprudentes para ofrecerse a la observación imparcial y a la curiosidad sin restricciones.

EUROPA, UNA COMUNIDAD POLÍTICA EN ALZA

La conciencia de clase, según se desprende del pensamiento de Aron, es conciencia de pertenecer a un grupo que engloba a una parte de los miembros de una sociedad nacional y de que este grupo se sitúa frente a otros grupos en un lugar determinado de la jerarquía. Los líderes no pueden crear dicha conciencia si ésta no existe virtualmente como resultado de circunstancias materiales. No obstante, al igual que la conciencia de clase, es igualmente importante definir en una comunidad política la conciencia de antagonismo, conceptos ambos que se pueden embotar y casi eliminar.

La conciencia de “ser europeo”, “sentirse europeo”, “vivir en Europa”, se va haciendo cada vez más presente en estos años finiseculares, y ello es motivado porque los europeos han aceptado su conciencia de clase como comunidad política de hombres libres que pueden decidir soberanamente sobre su futuro, sin merma de poder ni políticas o estrategias impuestas por otra sociedad política o macroestado, pero respetando profundamente la conciencia de antagonismo, sabiendo en cada instante que la diversidad de lenguas, de étnias, de creencias, de religiones y de culturas que forman parte intrínseca de la idiosincrasia de las distintas naciones de Europa aporta un valor añadido que no poseen otras regiones del Globo como puede ocurrir en Estados Unidos o en la CEI.

Un europeo de clase media vive hoy no ya mil veces mejor que un habitante del tercer mundo, sino incluso mejor que un norteamericano. Puede que los sueldos sean allí ligeramente superiores. Pero el europeo tiene una serie de ventajas claves para el nivel de vida, entre las cuales cabría destacar: en Europa existe un seguro de enfermedad estatal que cubre este importantísimo capítulo, mientras los norteamericanos tienen que agenciárselo privadamente, con gastos prohibitivos. Buena parte de los europeos son propietarios de su vivienda, mientras el norteamericano vive de alquiler o paga unos impuestos enormes por la casa o piso de su propiedad. Por último, la educación superior en Europa es prácticamente gratis, mientras que en Estados Unidos es tan cara que los padres empiezan a ahorrar para pagarle una carrera al hijo cuando éste nace. Resumiendo, un norteamericano gasta el 90% de su sueldo en seguro médico, vivienda y educación, mientras un europeo gasta un 80%, con lo que al segundo le queda libre bastante más de su sueldo.

El autor cuya obra analizamos no se mantiene ajeno a lo que se ha detallado en el párrafo anterior, de manera que, a pesar de no haber sufrido Europa un resurgir tan significativo como él estimaba para los tiempos que corren, predecía un gran cambio en la balanza de poder en lo relativo al instrumento económico de los Estados; de este modo, Aron especificaba: “Parece difícil negar que la evolución política europea, siempre condicionada, orientada y recorrida por influencias económicas, posee una cierta autonomía. Por lo demás, todo el mundo sabe que las pasiones políticas no se confunden con los intereses, ni se explican íntegramente por ellos: el patriotismo y la exaltación del espíritu europeo contradicen a veces los cálculos económicos. Llamados a plebiscito, los pueblos rara vez han escuchado la voz de la razón pero casi siempre la del corazón”. La referencia directa es a la filosofía de Monnet quien cree en una Europa unida por el “espíritu de clan” antes que por la justificación económica.

De lo que sí se muestra partidario siempre Raymond Aron es de la necesidad de la creación de una sociedad civil organizada sobre un elemento de fuerza convincente que sea capaz de mostrar su determinación de defensa de los intereses de grupo a cualquier coste, esto es, de la creación de una base firme de seguridad y defensa hacia el exterior.

Entendemos por comunidad política aquella cuya acción consiste en que los partícipes se reservan la dominación ordenada de un ámbito (no necesariamente constante en absoluto y delimitado con fijeza, pero sí delimitable de algún modo) y de la acción de los hombres

situados en él de un modo permanente o sólo provisional, teniendo preparada para el caso la fuerza física, normalmente armada (3).

En el concreto caso de la formación de la Unión Europea, y con el pensamiento de nuestro politólogo, la existencia de una comunidad política en este sentido no es algo dado de una vez y para siempre. En cuanto comunidad especial está ausente en todas aquellas ocasiones en que la defensa contra una amenaza puede ser emprendida en caso necesario por las simples comunidades domésticas, por la asociación de vecinos o por cualquier otra agrupación esencialmente encaminada a intereses económicos. Pero ni siquiera se puede aplicar el concepto de comunidad política genérica y completa a nuestra institución europea resurgente, en el sentido de que el mínimo conceptual exigible de una afirmación violenta de una dominación organizada sobre un ámbito y sobre los hombres que lo ocupan constituye una función necesaria de una misma comunidad. Tales funciones se hallan con frecuencia distribuidas entre diversas comunidades, las cuales se complementan mutuamente o se interfieren en su acción comunitaria. La violencia y la protección con respecto al exterior (la tan traída y llevada Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) y la confirmación de una verdadera Identidad Europea de Seguridad y Defensa) se hallan, por ejemplo, con frecuencia en manos de la asociación consanguínea, en parte de las asociaciones de vecinos, en parte de comunidades guerreras formadas a tal efecto (OTAN, UEO, etc.).

Es un tópico afirmar que todos los tratados internacionales dicen lo que en ellos quieren leer las partes signatarias. Como teórico del conocimiento contemplativo, según sus propias palabras, no descarta el autor que, en el caso de la construcción europea, tal aseveración tiene también algo de verdad. La PESC, tal y como queda contemplada en el nuevo Tratado de Amsterdam, es un punto de encuentro entre dos proyectos de Europa radicalmente distintos, pero que conviven dentro de las fronteras de la Unión Europea:

- a) El federalista, que forma parte de la ideología subyacente al diseño de la Unión Europea, cuya meta es una unión política; la PESC es un aspecto esencial de esa Unión Política.

(3) WEBER, Max: "*Wirtschaft und Gesellschaft*", 3.ª edición (Tubinga, 1947), 3.ª, capítulo II, pág. 613 (Ed. Castellana del FCE: "*Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*", trat. de José Medina Echevarría, 2.ª edición, México 1964. Cita de Raymond Aron en su artículo "*A propósito de la teoría política*", de la *Revue française de science politique*, 1962, XII, I.

b) El librecambista, que cree que la PESC debe existir tan sólo en la medida en que sea útil a los fines de la unión económica; sus partidarios son muy reticentes a todo lo que suene a Unión Política, como sinónimo de cesión de soberanía en temas sensibles, y prefieren una PESC limitada en sus ámbitos de actuación y sometida a la regla de la unanimidad.

Lo verdaderamente interesante es que la gran trascendencia del desarrollo de una Política Exterior y de Seguridad Común como concepto para el futuro de Europa radica en su mera existencia formal, en el hecho de que tras muchos años de existencia de una Política Exterior y de Seguridad coordinada, haya visto la luz y se haya abierto un debate público sobre la misma, materializándose en algo más que una mera utopía.

En los últimos años del siglo XX se plantean numerosas cuestiones tras algunas de las cuales se esconde, con una apariencia técnica, un contenido político explosivo:

- ¿Cómo coordinar el objetivo de la gran Europa con el de la profundización en la Unión Europea sin pérdida de cuota de poder por parte de los Estados soberanos?
- ¿Aceptarán los ciudadanos de la Unión Europea determinadas cargas fiscales (impuestos) suplementarias para financiar la ampliación al Este?
- ¿Se puede seguir aumentando el número de diputados europeos, de miembros de la comisión y de lenguas oficiales cada vez que sea admitido un nuevo miembro, sin merma de las peculiaridades culturales y creencias de las distintas etnias?
- ¿Cómo asegurar una eficaz dirección de la Unión Europea y su representación creíble hacia el exterior, principalmente en su participación en la resolución de crisis mundiales, sin fortalecer la presidencia?
- ¿Cómo se puede definir y asegurar una Política Exterior y de Defensa Común sin abandonar, en este ámbito, la regla de la unanimidad y el derecho de veto y reforzar la significación institucional sin sobrecargar el aparato burocrático?

No sería cuestión de jugar con nuestro sociólogo a las predicciones, mas quizá podría considerarse como una solución válida y general que aportaría respuestas a todas las cuestiones expuestas el aserto que ya introducía el autor en su libro *Paz y guerra entre las naciones*:

Las unidades políticas proclaman, con mayor o menor claridad, un mismo concepto de Estado en todo el mundo aceptado formal-

mente. Este concepto sintetiza tres ideas históricas: la legitimidad es democrática, el Estado es neutral con relación a las creencias, que pertenecen a la conciencia individual, y la autoridad es ejercida por el intermedio de una burocracia (4).

Para la consecución de la gran Europa numerosos escenarios han sido propuestos: en primer lugar “la casa común” de Mijail Gorbachov, después la “confederación” de François Mitterrand, la transformación de la CSCE, hoy OSCE, el reforzamiento del consejo de Europa, por último, los Acuerdos europeos y la ampliación de la Unión Europea hacia el Este. Todas las iniciativas surgidas en los foros de debate nacionales e internacionales han acuñado distintas soluciones a los problemas que han ido surgiendo en el desarrollo del espíritu de comunidad europea; de este modo, se habla de una Europa a la carta, de geometría variable, de círculos concéntricos o de varias velocidades.

En realidad los diferentes escenarios que se proponen para la unión política pueden, sin simplificación excesiva y respetando todos los matices, ser resumidos en dos modelos clásicos:

- una Europa de Estados-nación (o confederación)
- una Europa federal.

Se puede recordar en este momento la distinción tradicional entre confederación y federación; la confederación deja intacta la soberanía de los Estados miembros, que pueden bloquear toda decisión común por su veto o por la simple no aplicación. Aunque fundadas sobre un tratado, la relación entre los Estados confederados queda sólo en relaciones de fuerza, primando la defensa de los intereses nacionales, en algunas ocasiones, sobre los comunitarios. Como consecuencia, la mayor parte de las confederaciones sólo funcionan si caen bajo la hegemonía del más fuerte. En las alianzas o confederaciones contemporáneas, existe el mismo fenómeno hegemónico, como lo muestra la preponderancia de los Estados Unidos en la OTAN y, hasta 1991, de la URSS en el Pacto de Varsovia. Las únicas excepciones a la regla: las confederaciones que se transforman en federaciones.

La federación se caracteriza por el reparto de los poderes entre las instituciones federales y las colectividades miembros. Vista desde el exterior, la Federación aparece como un solo Estado. Hay una Constitución

(4) ARON, RAYMOND: *“Paz y Guerra entre las naciones”*. Volumen 2. Historia y praxeología. Alianza Universidad. Versión española de Luis Cuervo. Pág. 461.

aceptada por todos los Estados, por lo que los intereses comunitarios son simple extrapolación de los intereses nacionales más próximos entre todos los firmantes de la misma. El modelo federalista para Europa es más fácilmente aceptado por los estados federales o fuertemente regionalizados como Alemania, Bélgica, España e Italia.

La rivalidad de los Estados es parte de la esencia de la política y persistirá a menos que haya un cambio radical del hombre y de las sociedades... Cuando llegamos a las metas, la controversia cobra una dimensión nueva. Por una parte, los realistas parecen tener un concepto sencillo y convincente: el interés nacional debe servir de norma a la acción de los hombres de Estado, que no deben fijarse otra meta que la de servirlo o defenderlo (5).

Raymond Aron era defensor a ultranza de la evolución de una micro-Europa a una Europa federal, consciente de la gran incidencia que el interés común puede tener en la concienciación de masas. De sus estudios se extrae la idea de que se ha vertido mucha tinta sobre este aspecto y que, en algunos casos como en el de los análisis llevados a cabo por psicólogos y filósofos se ha evaluado el concepto de "interés" y se ha reconocido fácilmente el equívoco. "El ambicioso no tiene el mismo interés que el modesto, el hombre de estudios encontraría un placer donde otros sólo se aburrirían. El economista sabe que las decisiones de cada quien no pueden ser llamadas racionales sino en función de un sistema de preferencias que varía con las personas y también con las situaciones", añadirá el autor. De forma metafórica también gustaba de expresar Aron esta idea por medio de la frase: "Los estudiantes europeos han aprendido las vicisitudes del valor del agua según los climas".

El interés ¿se volverá claro, unívoco, evidente, cuando se trata de los seres colectivos a los que llamamos nación o Estado? Se teme, el autor, que los realistas sean prisioneros de una ilusión, ya sea que consideren casos particulares, ya que concreten el interés nacional confundiendo con el sentido que le da una cierta filosofía de la política.

Tomemos, por ejemplo, la fórmula, a veces presentada como teórica, según la cual los Estados actúan en función de su interés nacional, fórmula tan vacía de significado como aquella de La Rouchefoucauld que discernía el egoísmo tras las conductas aparentemente más desinteresadas. Para dar la razón a La Rouchefoucauld

(5) ARON, RAYMOND: "En Busca de una doctrina de la política exterior". Revue française de science politique, III, 1, 1953. París.

basta postular que el Beauchamp de Meredith, que se ahogó tratando de socorrer a un niño, encuentra mayor satisfacción en sacrificar su vida que en salvarla aceptando la muerte de otro. Asimismo, cualquiera que sea la diplomacia de un estado, nada nos impide afirmar que es dictada por la consideración del interés nacional, mientras no se haya dado una definición rigurosa de éste (6)

En realidad, la teoría llamada del “interés nacional” o bien sugiere una idea tan indiscutible como vaga (cada actor, en el campo internacional, piensa primero en sí mismo) o quiere oponerse a otras seudoteorías, por ejemplo, aquella según la cual la conducta exterior de los Estados sería dictada por la ideología política o los principios morales. Pero cada una de esas seudoteorías no halla su sentido, pobre en sí mismo, sino en comparación con otra. Decir que la Federación Rusa conduce sus asuntos exteriores en función de su “interés nacional” significa que no obedece exclusivamente a consideraciones ideológicas, a la ambición de difundir el comunismo. Concluir de ahí que los dirigentes de una Rusia gobernada según otros métodos, que se adhirieran a otra ideología, habrían practicado la misma diplomacia entre 1917 y 1967 es simplemente absurdo. La teoría saca a la luz la diversidad de los fines que pueden proponerse.

UNA SOLA VOZ

«¿Europa? Me parece muy bien. ¿Cuál es su número de teléfono?» cuenta Henry Kissinger que dijo a sus asesores cuando, antes de tomar cierta decisión, le aconsejaron consultar a la entonces incipiente Comunidad Europea. Expresaba así, de forma gráfica, la clamorosa carencia de identidad exterior del “gigante económico y enano político” como, además de a la hipotecada Alemania de la posguerra, se definía también a la Comunidad. Hoy, muchos años más tarde, la Unión Europea debe hablar con una sola voz, y además debe hacerlo en voz bien alta y firme. La razón estriba en que la construcción europea es, ante todo, un proyecto político. Durante los últimos cuarenta años han primado los aspectos económicos —unión aduanera, mercado común, moneda única— porque la integración política naufragó con el Proyecto de Comunidad Europea de Defensa, hundido, tras haber sido iniciativa francesa, en la Asamblea Nacional francesa en 1954.

(6) ARON, RAYMOND: “¿Qué es una teoría de las relaciones internacionales?”. Publicado originalmente en inglés en *Journal of international affairs*, XXXI, 2, 1967, y después en la *Revue française de science politique*, XVII, 5, 1967.

Debido a ese fracaso, los ideólogos de la construcción europea (especialmente, como ya se mencionó anteriormente, Monnet) apostaron por la integración sectorial de la economía y dejaron la integración política para mejor ocasión. Mucho ha llovido desde entonces y no pocos han sido los intentos de colmar ese vacío, hasta desembocar en la Cooperación Política Europea contenida en el Acta Única de 1996, que acaba con la práctica según la cual los Ministros de Asuntos Exteriores tenían que abandonar el Consejo para reunirse vergonzosamente en una sala contigua y poder así hablar de los temas de política exterior. Todos los intentos habidos tropezaron una y otra vez con un obstáculo aparentemente infranqueable: la renuencia de los Estados miembros a poner en común los elementos más definitorios de la soberanía nacional, que, junto con la moneda, son la política exterior y la defensa.

Por naturaleza, la situación de dependencia en relación a los Estados Unidos en que se encuentra Europa occidental, la falta de defensa propia, es nociva. Son los americanos quienes conciben la doctrina de defensa, son ellos quienes mandan las fuerzas de la Alianza. Al mismo tiempo, controlan el sistema monetario internacional y sacan provecho del estatuto del dólar. Transnacional o nacional por naturaleza, la moneda americana tiene curso en todo el mundo, cosa que permite a los Estados Unidos aceptar los déficit de los pagos corrientes... de este modo dominan en el concierto internacional (7).

Raymond Aron conocía en detalle la falta de unión que, quizá más en sus años de evaluación sociológica y menos ahora, existía entre las distintas naciones europeas. Afirmaba que los americanos regulaban en dólares las mercancías o los servicios que compraban en el exterior (privilegio que estaba reservado al único país cuya moneda cumplía las funciones de patrón de valor y de medio de intercambio para el conjunto del mercado mundial). Actualmente, es el fortalecimiento del euro y la entrada del mismo en el concierto internacional la única posibilidad que tiene la Comunidad Europea de imbricarse, aunque no todavía de desplazar o sustituir, con la moneda estadounidense.

En opinión del autor, que huye de las afirmaciones pragmáticas y basa sus juicios en la evolución histórica por él vivida, los europeos deben jugar un papel mucho más importante en el desarrollo de la Humanidad. Europa ha sido una gran sufridora, ha soportado estoicamente las luchas

(7) Aron, Raymond: «Les dernières années du siècle», Julliard, 1984: (Ed. Castellana, «Los últimos años del siglo», Espasa-Calpe, 1984, pág. 185)

llevadas a cabo en su seno, y eso debe servir para hablar desde un punto de vista preeminente asegurado por la experiencia: "Los hombres hacen la historia pero son incapaces de aprender de ella".

Se compromete el autor con una perspectiva política nueva, ya que no se podía aceptar como antes un mapa político europeo similar a una colcha hecha de retazos. El continente ha compartido algo más que guerras y lágrimas. Examinando el panorama de esta tierra tan sufrida y reflexionando sobre las raíces comunes de una civilización europea tan multiforme pero, en esencia, común, siente cada vez con mayor agudeza la artificialidad y provisionalidad del enfrentamiento bloque contra bloque y así lo expone en todos sus artículos.

El arte de la política consiste, en efecto, en medir el valor de los diversos envites, en distinguir los intereses vitales y los intereses marginales, en no comprometer o arriesgar recursos considerables para defender una posición secundaria.

La impotencia militar de Europa deriva de circunstancias permanentes unas, accidentales otras, que a duras penas maneja la voluntad de los hombres. Los sistemas militares y las armas son, a su vez, la expresión de los sistemas políticos y sociales. Todo estudio concreto de las relaciones internacionales se vuelve, pues, un estudio sociológico e histórico; el cálculo de las fuerzas remite al número, el espacio, a los recursos, a los regímenes (militar, económico, político y social); esos elementos, a su vez, constituyen lo que está en juego en los conflictos entre Estados.

El que Europa logre hablar con una sola voz dependerá en gran medida del concepto de nacionalidad y de nación que surja en las instituciones que se van formando.

Manifiestamente, los regímenes de tipo occidental tienen dos características fundamentales: son pluralistas y constitucionales, suponen una competencia organizada y pacífica entre partidos, con vistas al ejercicio del poder, ejercicio sometido, a su vez, a unas reglas precisas que garantizan instancias múltiples, legislativas y jurídicas (8).

La Europa de los estados-nación es la que desean para la Europa occidental Margaret Thatcher y su sucesor John Major, la mayor parte de

(8) ARON, RAYMOND, «Observaciones sobre la clasificación de los regímenes políticos». Publicado originalmente en alemán en la *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozial Psychologie*, 1965, cuaderno 3, «Melanges en l'honneur du Professeur Stammler»

las fuerzas políticas escandinavas así como varias corrientes en Francia: el partido comunista, el frente nacional y Phillipe de Villiers; los gaullistas "ortodoxos" y los socialistas de tendencia Chevenement. En Alemania es la visión de la extrema derecha. Lógicamente, la posición adoptada por cada uno de los personajes mencionados es producto del régimen que apoyan para el Gobierno europeo; en este área no sería suficiente con decir que ha de ser un régimen democrático, puesto que la salud de cada democracia, cualquiera que sea su tipo y su grado, depende, como escribiría José Ortega y Gasset en *"La Rebelión de las masas"*, de un miserable detalle técnico: el procedimiento electoral. Todo lo demás es secundario. Si el régimen de los comicios es oportuno, si se ciñe a la realidad, todo va bien. Si no aún cuando todo lo demás marchara lo mejor posible, todo irá mal. Roma, al comienzo del siglo I antes de Cristo, es poderosa, rica, no tiene enemigos. Y, sin embargo, está a punto de morir porque se obstina en conservar un régimen electoral estúpido. Ahora bien, un régimen electoral es estúpido cuando es falso.

Se debe resaltar que a pesar de las diferencias existentes entre las distintas democracias europeas mientras avanzan hacia un régimen de la propiedad privada de los instrumentos de producción, la Europa comunitaria comporta ya una cierta dosis de federalismo y que los tratados comunitarios, tanto el de Maastricht como el de Amsterdam, constituyen, a pesar de sus insuficiencias, un paso importante en la dirección del modelo federalista. Una Europa de los estados no podrá en ningún caso practicar una política exterior y de seguridad común como lo han demostrado los límites de la cooperación política europea.

En lo relativo a la Política de Defensa Común aún queda un largo trecho por andar. Facilitar el proceso de toma de decisiones o crear un aparato burocrático (una célula de análisis y planificación) y una figura representativa, el señor PESC recién estrenado (Sr. Solana), son elementos instrumentales que no sustituyen, sino que acompañan a la decisión última de expresarse con una sola voz en la esfera internacional. Bienvenidas sean las mejoras institucionales. Pero éstas no son, por sí solas, suficientes. Lo verdaderamente importante radica en que, aunque nadie pretenda que estados centenarios renuncien a una política exterior propia, sí hay numerosos campos en que una acción conjunta a nivel europeo no es sólo factible sino deseable. El caso es que ninguno de los estados europeos, por grande que sea, puede por si solo influir decisivamente a nivel mundial en el plano político o en el militar. Además, en un mundo globalizado, donde la bipolaridad de la guerra fría ha cedido el paso a un

esquema multipolar claramente dominado por un poder hegemónico, el de Estados Unidos, faltan elementos equilibradores.

¿Habrían sido diferentes las cosas si los europeos no dependiesen, para su seguridad, de los Estados Unidos? Tal vez, pero lo que modificaría el paisaje económico sería la formación de una auténtica unidad de Europa. Si la comunidad europea se volviese el equivalente de los Estados Unidos de América, las conversaciones transatlánticas adoptarían otro curso. La moneda de los Estados Unidos de Europa tal vez arrebataría al dólar su posición de monopolio, su estatus de unidad de cuenta transnacional; ni la economía alemana, ni la economía británica poseen dimensiones suficientes para servir de soporte a una moneda transnacional (9).

Se aprecia en este párrafo la gran confianza que tiene Raymond Aron en que se logre una Europa de los estados fuerte, mas presenta la necesidad de estrechar los lazos aún de forma más óptima en campos como el económico que pasa a ser vital para construir una base sólida en la que se asiente el edificio de la unión política y de seguridad.

Los europeos y en particular los franceses, rechazan con indignación la fórmula que empleó Henry Kissinger: los Estados Unidos llevan una diplomacia planetaria porque tienen intereses en todas partes; los europeos se han visto reducidos a defender intereses regionales. Fórmula absurda en un sentido. Al igual que opinaba el ex-secretario de estado americano y estudiando el pensamiento de Raymond Aron, el subsistema europeo es único por la confrontación permanente de los dos ejércitos. Los europeos del Oeste sienten, o fingen sentir, un miedo oscuro de agresión soviética aunque esa agresión sea la menos probable de todas por ser la más peligrosa para los mismos soviéticos. No permanece impassible el autor ante lo que analiza como una falta patente de voluntad de los pueblos europeos para dirigir sus esfuerzos hacia aquellas áreas del planeta donde son necesarios; de este modo considera que la actuación de Europa en los Estados del Golfo debería haber sido más profunda (¡y esto sin llegar a conocer la actuación de los europeos en la Guerra del Golfo que tuvo que ser liderada por los americanos por falta de consenso!) de lo que se había practicado hasta el momento, puesto que estos Estados tienen un interés vital para el mundo occidental, no para la Federación Rusa. Por supuesto, la instauración de un régimen marxista-leninista en

(9) ARON, RAYMOND: «*Les dernières années du siècle*», Julliard, 1984 (Ed. Castellana, «*Los últimos años del siglo*» Espasa-Calpe, S.A. 1984, pág. 39)

Arabia Saudí, o incluso un régimen extremista, inspirado por los palestinos, aportaría al campo comunista una ganancia política, cuyo tamaño se mediría por las dimensiones de la pérdida sufrida por el otro campo. La Federación Rusa no necesita, al menos por ahora, el petróleo del Golfo. Los europeos no podrían prescindir de él.

En rigor, la indiferencia europea respecto a los acontecimientos que día a día tienen lugar en América Central puede o podría explicarse; la indiferencia respecto al Medio Oriente se explica mal. Aron sacó sus propias conclusiones de estas actuaciones y las expresó del siguiente modo:

Cuando los americanos ponen en pie una fuerza rápida de intervención, destinada a defender los Estados del Golfo, no trabajan sólo para ellos, se esfuerzan por salvaguardar una región que proporciona a los europeos hidrocarburos de los que no podrían prescindir. De hecho, los europeos, a excepción de los franceses y tal vez los ingleses, se niegan a participar en una estrategia común de Occidente (10).

EL FACTOR ECONÓMICO EN LA CONSTRUCCIÓN EUROPEA

Se está empezando a vivir en todo el mundo occidental la más grave de todas las situaciones de este apasionante fin de siglo: la incapacidad de los sistemas económicos nacionales y supranacionales para generar respuestas mínimamente aceptables a las aspiraciones individuales y a los problemas de una sociedad cada día más exigente que camina hacia los albores del siglo XXI.

Las dimensiones del escenario diplomático son, a través de la historia y de una manera aproximada, proporcionales a la estatura de los actores. La distancia a la que alcanza la potencia de un Estado depende de los recursos de éste. Siendo la técnica constante, son la naturaleza de las unidades políticas y el volumen de fuerzas concentradas en cada una de ellas, los factores que determinan la extensión de la esfera diplomática (11).

Siendo totalmente cierta y válida la reflexión hecha por el Sr. Aron, hasta hace poco tiempo era posible evitar, desconocer o manipular esta realidad. Ya no hay otro remedio que sumirla y afrontarla. Aunque el tema

(10) Op. Cit. Pág. 152.

(11) ARON, RAYMOND, «Paz y Guerra entre las naciones». Volumen 2. Historia y praxeología. Alianza Universidad. Versión española de Luis Cuervo. Pág. 460.

sea ciertamente más complejo, el gran dilema podría resumirse a optar entre el modelo europeo, de una Europa resurgente, y el modelo americano, estable y aplicable hasta hace pocas décadas pero incapaz de afrontar el eterno, feroz y delicadísimo debate presupuestario. El salario medio norteamericano es hoy, en valores constantes, el mismo que hace diez años y los salarios más bajos son inferiores a los de finales de 1970, es decir a los salarios de hace veinticinco años.

Este no es en realidad el caso de Europa, en donde tanto el salario medio como los salarios bajos se han, como mínimo, duplicado. En un reciente editorial, el Washington Post atribuye esta diferencia en política salarial al hecho de que en Europa existe un mercado laboral mucho más reglamentado en donde se establece y respeta un salario mínimo y se protege la seguridad en el trabajo, dificultando el despido, “incluso en países como Gran Bretaña y Alemania que han tenido gobiernos conservadores durante muchos años”. Esta política europea tiene un alto coste: el índice de desempleo en Europa es el doble del norteamericano y ello se traduce en unas consecuencias concretas en cuanto a creación de empleo: en los últimos veinte años se han alcanzado en los Estados Unidos 34 millones de puestos de trabajo, cifra que se reduce en el caso de Europa a 7,5 millones, de los cuales más o menos la mitad se han generado en el sector público.

El dilema entre “salarios y beneficios sociales altos-alto desempleo”, de un lado, y “salarios y beneficios sociales bajos-bajo desempleo”, de otro, es sin duda uno de los dilemas más dramáticos de nuestra época. En su conjunto los americanos no logran entender el sistema europeo. Les parece algo irreal. Esta idea y el enfrentamiento entre los ciudadanos y sus gobiernos era recogida por Raymond Aron en sus obras, como queda fehacientemente expuesto en una de sus frases:

Los ciudadanos no obedecerán jamás al Estado como a la macana del agente, porque piden más al Estado, y éste, en caso de necesidad, no vacila en exigirles el sacrificio supremo. La confusión entre poder temporal y poder espiritual es la muerte de la libertad. La hostilidad entre estos dos poderes, erigida en principio, es la muerte del Estado (12).

En afirmaciones vertidas en distintas publicaciones americanas se puede confirmar que “el gasto social, si se mantiene al ritmo presente aca-

(12) ARON, RAYMOND: «Alain y la política». Publicado en la Nouvelle Revue Française, «Hommage à Alain». Septiembre de 1952.

bará desencadenando una crisis financiera que elevará hasta el cielo los intereses y colapsará, entre otros, el mercado monetario y de bonos". No obstante, el sistema está tan incorporado al estilo de vida en el Viejo Continente, que los trabajadores europeos piensan que las cuatro o cinco semanas de vacaciones, las subvenciones a familias numerosas, los medicamentos a precio simbólico e incluso las vacaciones blancas gratuitas para niños, son derechos humanos básicos.

En Estados Unidos, por el contrario, se lleva y mantiene la política de oferta de trabajo salvaje, la práctica eliminación de las ya de por sí escasas prestaciones sociales y la reducción de la presión fiscal para las rentas más elevadas, la cual seguirá produciendo sin duda algunos ricos más pero desde luego muchos más pobres. Los beneficios de la libre contratación y despido en los Estados Unidos han sido exagerados y se ha incrementado la absoluta incapacidad de ese género de mercado de trabajo para integrar a los marginados y a los menos preparados, que están formando un grupo social creciente para el que no existen soluciones o esperanzas ni a medio ni a largo plazo. Con la ideología económica, el capitalismo americano ha pasado de ser una máquina de creación de riqueza y de mejora de la vida humana desde 1940 a 1980, a convertirse en una máquina de empobrecimiento de la sociedad y de destrucción de empleo, en beneficio fundamentalmente de un pequeño grupo de directivos de empresas y de inversores en empresas.

En principio parece ser más aceptable la solución adoptada por la comunidad europea, aunque no debería olvidarse que la optimización de recursos parecería estar en algún punto medio del dilema, algo así como ni tanto (modelo europeo) ni tan poco (modelo americano), pero tal y como se está produciendo el debate parece difícil que se llegue a un punto de equilibrio, entre otras razones porque el debate entre ambos modelos, eso ya parece claro, no es sólo cuantitativo, es algo más. Algo más complejo, algo más importante. Tiene todas las características de un auténtico debate ideológico sobre jerarquía de principios y valores, en el que se cuenta con nuevos datos, nuevas circunstancias y quizá nuevas soluciones.

Ya en sus escritos y artículos Raymond Aron fue capaz de dictaminar cuál iba a ser el futuro de la gran potencia que fue, a lo largo de su vida, la ex-URSS, tratando de una forma clara y concisa el devenir, que siendo futuro para él se convirtió en pretérito para nosotros a la hora de escribir estas líneas; veía la caída del gran coloso ruso cercana porque estimaba que la evolución de la política rusa estaba marcada por las

dimensiones del presupuesto de defensa, según las estimaciones más serias, entre el 12 y el 15 por 100 en 1981 del producto nacional, porcentaje más elevado que en los Estados Unidos. Apreciaba el resurgimiento de Europa y contemplaba cómo los soviéticos se dejaban superar por los occidentales cada vez que una rama se desarrollaba rápidamente en Occidente, tal y como había pasado con la industria química hace 45 años y la electrónica hace 15.

RAYMOND ARON Y SU ANÁLISIS POLÍTICO

Podría considerarse el comienzo de la preocupación del autor por el futuro de Europa el momento en que, en un artículo titulado "*El mapa geopolítico del mundo*", se pregunta: "¿Pueden los pueblos europeos, mediante su acción o mediante su estado de ánimo, influir sobre el destino en el sistema interestatal?" Afirma que eventos como el golpe a los checos en 1968 o la evolución en Polonia en 1978 impiden la prescripción. Los Estados, añade, han aceptado las consecuencias de la segunda guerra mundial, los pueblos no las han aceptado, y, de golpe, sin que el statu quo se encuentre amenazado a corto plazo, no parece definitivo. La situación diplomático-estratégica no se mueve, los pueblos se mueven de vez en cuando para recordar a los gobiernos que existen.

El tratamiento de los entes geopolíticos como sistemas supranacionales, transnacionales e interestatales permite a Aron prever lo que los pueblos pueden esperar del futuro de sus transformaciones y, más concretamente, en el ámbito europeo. En la obra citada anteriormente expone: "Como en 1962, en 1983 el sistema interestatal planetario presenta la misma originalidad en relación al concierto europeo —cosa que salta a la vista y que no exige largos comentarios—, pero también en relación a todos los sistemas del pasado. Esta originalidad estriba en los factores siguientes:

- El sistema se extiende a los cinco continentes: las mercancías, las ideas, las monedas se intercambian a través de las fronteras e incluso a través de las zonas de civilización.
- Por sí mismo se halla dividido en dos subsistemas que se influyen mutuamente, pero que parecen obedecer a otras reglas.
- La ideología dominante del sistema interestatal sigue siendo la del siglo XIX europeo; cada pueblo —o cada grupo étnico con conciencia de su identidad que reivindica su independencia— encuentra apoyos en el mundo occidental; no encuentra la sim-

patía ni el apoyo de los países del Tercer Mundo sino a condición de que el opresor forme parte de la civilización europeo-americana. La reivindicación kurda no despierta simpatías, no hace que surjan de las plumas intelectuales las mociones, al menos en el mismo grado que los movimientos de liberación nacional que arremeten contra la dominación colonial o excolonial, ejercida por blancos, ciudadanos de naciones ricas.

— Esta ideología nacional es contradicha, o severamente criticada, por una serie de factores:

- a) Los imperios, o cuasi-imperios —el imperio ideocrático de la Unión Soviética y la zona cubierta por la disuasión americana—, amputan las soberanías nacionales, cuyo valor absoluto proclama el pacto de las Naciones.
- b) La difusión transnacional de las ideologías tiende a transformar a numerosos países en campos de batalla (¿estaría hablándonos del problema latente de los Balcanes?); los partidos nacionales enfrentados están ligados la mayoría de las veces a uno o a otro de los dos campos, sea que necesiten ayuda, en armas o en dinero, sea que, en nombre de sus propias creencias, sean adictos a la “democracia popular” o a la democracia liberal.
- c) La mayoría de los Estados africanos, muchos de los que se hallan en el Próximo Oriente, en el Medio Oriente, y en Asia, no gobiernan un pueblo homogéneo (o relativamente homogéneo) a semejanza de las naciones europeas. Los Estados se superponen a unos grupos étnicos o religiosos que no siempre se reconocen en los hombres que los gobiernan.
- d) Tanto en 1983 como en 1962, el observador se ve sorprendido por el mismo contraste: estabilidad aparente de un statu quo anormal en Europa; cambios múltiples, diversos, a veces rápidos en el resto del mundo.

Gusta en sus escritos de aclarar los términos que, en algunas ocasiones ambiguos, son lanzados por los seudointelectuales a la vorágine pública y que ocasionan las distorsiones necesarias al entendimiento de la sociedad; tal es el caso de la palabra “potencia” referida a una comunidad política y que defiende y contempla desde el punto de vista weberiano.

*Las primeras páginas del ya clásico libro *Politics amongst Nations* ofrecen un ejemplo, no menos clásico, de las confusiones conceptuales a las que da lugar el empleo de un término como el de potencia que,*

según los párrafos o hasta las frases, parece fin o medio de la política y que, por último, no presenta casi utilidad desde el momento en que se adopta la definición weberiana y actual de la potencia: la capacidad del actor A para obtener la sumisión a su voluntad, o a la conformidad a sus órdenes, del actor B (o, más precisamente, la posibilidad de obtener sumisión o conformidad). En ese sentido, toda vida social, en un grado u otro, se compone de relaciones de potencia, condiciones de la acción colectiva en cualquier dominio (13).

En el mismo sentido se expresa en lo referente a su concepto de teórico pragmático. Es un teórico profundo, aceptando el doble concepto de teoría que, al parecer de quien escribe, ésta tiene en todo el mundo occidental o, si se prefiere, dos significados, cada uno de los cuales derivándose de una tradición. Una teoría —como conocimiento contemplativo, captación de las ideas o del orden esencial del mundo— puede ser equivalente a una filosofía. En ese caso, la teoría se opone no sólo a la práctica, a la acción, sino al conocimiento que anima la voluntad de “saber para prever y poder”. Cuanto menos carácter práctico presente un conocimiento, menos sugerirá su propio sujeto, a saber, el filósofo y aquellos que, por intermediación de éste, reciben su luz.

La otra línea de pensamiento, más aceptada por Aron, desemboca en las teorías auténticamente científicas, cuyo modelo consumado nos ofrecen las de la ciencia física. En este sentido, una teoría es un sistema hipotético-deductivo, constituido por un conjunto de proposiciones cuyos términos están rigurosamente definidos y cuyas relaciones entre los términos (o variables) las más de las veces revisten una forma matemática. Ese sistema se ha elaborado a partir de una conceptualización de la realidad percibida u observada; los axiomas o las relaciones más abstractas dominan el sistema y permiten al sabio recuperar por deducción unas apariencias en adelante mejor explicadas, o unos hechos captables por medio de aparatos, si no por medio de los sentidos, que confirman provisionalmente la teoría o la refutan. La refutación obliga a una rectificación y la confirmación no constituye jamás una prueba absoluta de la verdad.

El autor elige, como se desprende de la lectura de *Paix et guerre entre les nations* otra acepción de las dos posibles alternativas para el término “potencia”, lo cual es de destacar porque con ella se referirá en mul-

(13) Aron, Raymond ¿«Qué es una teoría de las relaciones internacionales?»», Publicado originalmente en inglés en *Journal of international affairs*, XXXI, 2, 1967, y después en la *Revue française de Science Politique*, XVII, 5, 1967.

titud de ocasiones a Europa; busca lo que constituye la especificidad de las relaciones internacionales o interestatales, y cree encontrar ese rasgo específico en la legitimidad y la legalidad del recurso a la fuerza armada por parte de los actores. En las civilizaciones superiores, esas relaciones le parecen las únicas, entre todas las relaciones sociales, que admiten el carácter normal de la violencia.

En lo relativo al pensamiento sobre la construcción europea que tiene Aron, ya se dijo con anterioridad que cree en los estados-nación y en la federación de los mismos. Elige como modelo el federalismo alemán, un modelo que estudia como válido para Europa. Quien escribe estas líneas considera una afirmación sin duda exagerada, pero la experiencia alemana le aportó, al menos, el mérito de mostrar que el poder regional no impide en modo alguno la unidad nacional. Por otra parte, se deja entrever que el “poder federal” no destruye la autonomía de los Estados miembros. Alemania no es una federación pluriétnica y, como consecuencia, no puede servir de modelo para la unión política de Europa. Sin duda, es necesario volver la cabeza hacia Suiza para ver como la unión federal, lejos de perjudicar a las identidades nacionales, las protege. Ciertamente, ningún modelo federal de los existentes en la actualidad se pueden prestar a una transposición pura y simple a Europa, dado que ninguno de ellos ofrece una respuesta a la cuestión fundamental de saber qué contenido económico, social y cultural dar a Europa. Sin embargo, la experiencia de los estados federales puede al menos servir para destruir los mitos antifederalistas que se oponen de forma general, sobre todo en Francia, tanto a una verdadera regionalización como a la unificación de Europa.

CONCLUSIONES

Raymond Aron es un politólogo y sociólogo que piensa en abstracto sobre los problemas de la sociedad de su entorno y que acomete, con gran base científica, la escabrosa misión de predecir lo que va a suponer para el entorno geopolítico internacional el gran cambio que se está llevando a cabo en las dos primeras potencias mundiales; en este entorno, ya deja ver que existe un tercer bloque que comienza a despuntar, Europa, pero que trata como “posibilidad” más que como hecho probable.

Como sociólogo afirma que no podría definir conceptos como *política* y *economía* “a la manera del geómetra que traza un círculo mediante la rotación de un segmento recto en torno de una de sus extremidades, ni como el químico que separa los elementos de una sustancia, ni como el

biólogo que distingue caracteres genéricos y específicos”. Construcción, análisis, lógica de conceptos jerarquizados, todos esos métodos convienen mal cuando se trata de todas las sociedades que se enfrentan y que resuelven de maneras distintas. En su obra demuestra que su pensamiento es libre y no se ve influido, aunque a veces no lo consiga, por los autores más cercanos de su época (Max Weber, Michael Polanyi, Alain, etc.); con sus propias palabras afirma: “el hombre fue hecho para crear, y la creación es libre o no existe”.

Trata en profundidad el problema del enfrentamiento Estados Unidos-Rusia, tan en boga en el momento de sus reflexiones, llevándole tal debate a planteamientos tan profundos como los del “ejercicio de la potestad nuclear” por parte de ambas superpotencias. Desde este punto de vista, trata el problema de la seguridad en Europa como un “ejercicio” para los Estados Unidos y considera que quizá sería del todo deseable el que los estados europeos acometieran la resolución de sus propios problemas de política exterior y de seguridad común; lleva a cabo, en alguno de sus escritos, una crítica rabiosa sobre la actuación de estos países en regiones del mundo de tan particular incidencia en el desarrollo de esa “gran potencia deseada” como puede ser el Próximo y Medio Oriente y el centro y el sur de América.

Los Estados Unidos no tienen enemigos en sus fronteras terrestres. Pueden disuadir una agresión contra su territorio mediante la amenaza nuclear. En cambio, los estados europeos están contiguos a un imperio militar. Se hallan expuestos a ataques diversos, sin recurrir a las armas nucleares. Son protegidos por el poder militar de los Estados Unidos, por la presencia de un ejército americano en el suelo mismo del Viejo Continente. Pero la geografía escapa a la voluntad de los hombres. Europa, y no los Estados Unidos, se convierte en campo de batalla en caso de agresión no nuclear procedente del Este (14).

Toca en sus escritos la gran importancia que tiene para el desarrollo de un gran bloque político, como puede llegar a ser Europa, el firme asentamiento en una economía saneada y en avance. Sugiere que es un tema que ha de contemplarse antes que la resolución de la definición de los intereses clave para todos los países participantes en esta institución,

(14) ARON, RAYMOND: «*Les dernières années du siècle*», Julliard, 1984 (Ed. Castellana, «*Los últimos años del siglo*», Espasa-Calpe, S.A. 1984, pág. 57).

aunque subyace, continuamente, en su pensamiento la idea de amplia seguridad que debe ostentar una comunidad política de peso en el ámbito internacional. Trata la defensa de Europa como inseparable de la de Estados Unidos, en el entorno de la OTAN, y de este modo sugiere que la “emancipación” de los estados europeos se vaya llevando poco a poco. “Hoy, incluso, la *guerra económica* no rompe la Alianza Atlántica. Las razones del sistema interestatal dominan sobre los prejuicios que suscita el sistema económico”, escribirá en uno de sus artículos periodísticos.

Firme defensor de la federación frente a la confederación de estados como futura relación de los estados-nación europeos, cree que el mejor modelo sería el suizo, sin desestimar la experiencia que en este campo ofrece el caso alemán. En todas sus reflexiones y análisis se contempla la importancia que da a los “intereses nacionales”, llevando a cabo un amplio debate sobre su doble concepción. No se esconde a él el hecho de que en ciertos períodos históricos, la diplomacia se precia de ignorar lo que ocurre en el interior de las fronteras de los Estados. En otras épocas, esa diplomacia pura, limitada en sus medios y en sus objetivos, deja sitio a una guerra civil internacional. En otras regiones del mundo, los Estados no arraigan en el pasado y el consenso del pueblo; las injerencias extranjeras se multiplican al mismo ritmo que las denegaciones salidas de las cancillerías. Razonablemente, los europeos deberían sacar una lección del análisis de su historia.

Gran pensador y sociólogo, se arriesga en todo momento con la publicación de ensayos sobre historia prospectiva, sobre lo que considera que será el futuro de los grandes bloques geopolíticos. Fallecido en 1983, sus escritos rebosan de una rabiosa actualidad, hasta tal punto que sus observaciones son válidas, con la excepción hecha de los acontecimientos que tratados por el autor con anterioridad a 1989 han cambiado el rumbo de la historia, en la fecha actual. En las propias palabras de Raymond Aron: “Para los próximos años, el expansionismo soviético de un lado, la estrategia defensiva de la Alianza Atlántica del otro, y la asunción de su verdadero peso por parte de las naciones europeas, deberían perpetuar la coyuntura que en 1947 bauticé como: *Paz imposible, guerra improbable*”.